

fúnebre que la de este día ¹. ¡Extraña obscuridad, que cubre como con un velo los objetos sin impedir la vista, y á todo lo que se mueve le da cierta apariencia de fantasma! Toda vez que esta era la hora de la muerte, todo debía llevar su enlutada librea: el polvo del sepulcro invadía la atmósfera, dando á la voz un tono bestialmente ronco y á los ojos miradas de locos.

Sobre la pendiente del Gólgota, un poco más abajo de la reducida llanura que lo coronaba ², los verdugos despojaban á la víctima; y allí muy cerca, de pie, en medio de las santas mujeres, María contemplaba con agonía muda los últimos movimientos de su Hijo.

¿Á qué conduciría el intento de pintar este cuadro? Ninguna palabra sería digna de él, como no fuera la del mismo Dios; y así el Evangelio, en la precisión de hablar nuestro lenguaje, ha preferido guardar silencio. El peregrino que visita los lugares en que el Salvador se dignó de sufrir esta humillación, no piensa en otra cosa que en doblar las rodillas y prosternarse para besar cien veces y bañar con sus lágrimas el sitio marcado con tan prodigioso abatimiento; y sabiendo que él es la causa de aquel sacrificio y el objeto de aquel amor, no se atreve á levantar la cabeza, como si temiera encontrarse con la mirada del Maestro, por más que allí debe reconocer, con la reprehensión de sus culpas, la promesa de su perdón.

¹ Nosotros hemos podido conocerlo personalmente en nuestro viaje segundo al Oriente; en nuestros climas no se ve cosa parecida.

² El lugar en que le desudaron está un poco más abajo de la cumbre del Calvario. En la actualidad está recubierto de un mosaico formado sobre el relleno que hubieron de hacer para dejar el terreno al nivel de la roca en que estuvo levantada la cruz. Santa Elena no cortó la cima del Calvario, como lo piensa V. GUERIN (*La Terre Sainte*, p. 98). Los griegos son los que han hecho esa mutilación bastante moderna.

CAPÍTULO IV

LA CRUCIFIXIÓN.

Postquam venerunt in locum qui vocatur Calvaria, ibi crucifixerunt eum, et latrones unum a dextris et alterum a sinistris.

LUC., XXIII, 33.

Stabat autem juxta crucem Jesu mater ejus.

JOANN., XIX, 25.

La cruz preparada para el Salvador estaba hecha de dos piezas labradas á escuadra, de una madera resinosa que se ha reconocido ser idéntica al pino de Alepo, abundante en Palestina donde todavía se encuentra fácilmente ¹. No se diferenciaba de las destinadas á los otros condenados, como no sea en tener un poco más de elevación, según pretende cierta tradición que se puede aceptar sin ningún impedimento ². Con efecto, los Judíos no pensarían en excusar á su víctima la humillación de un suplicio vulgar: pero los Romanos pudieron muy bien querer mostrarse poniéndole en un patíbulo más alto, de ese rey en-

¹ ROHAULT DE FLEURY: *Mémoire*, c. II, p. 63.—Las conclusiones del sabio autor no son siempre las nuestras; mas no por eso nos parece su trabajo menos estimable, y nosotros nos hemos aprovechado mucho de él.

² Ennio (apud SÆP, *loc. cit.*) parece que da la razón á esta tradición que apoyen también muchos pasajes del Antiguo Testamento relativos al suplicio de los ajusticiados notables.—Hemos dicho arriba que esta tradición parece contradicha por la historia de la invención de la santa Cruz.

tregado por sus propios súbditos al César. Es verdad que Pilatos no mandaría tal cosa : tampoco había mandado que le coronaran de espinas, y, con todo, le coronaron sin que el Procurador protestara. La legión que tenía á sus órdenes se componía, en gran parte de voluntarios ¹, á quien su política dejaría más libertad que á los soldados avezados á la disciplina tradicional. De aquí provenía esa agravación de torturas é insultos, *addita pereunt ludibria*, como diría Tácito. Pilatos, como no había mandado nada, se creía sin duda inmune de todo reproche; y, al cabo, esa era la moral de su tiempo, que por cierto no se reservó el monopolizarla.

Pero así y todo, la cruz de Jesús no podía tener más de ocho ó nueve pies de elevación, suponiendo que empostraran como un pie en el suelo para sostenerla derecha; por haber exagerado las dimensiones es por lo que se ha recurrido al sistema de graderías y escalas, imaginado por los visionarios y artistas de la Edad Media ². La tradición primitiva era mucho más exacta, como lo patentiza la serie del relato ³.

Después de haber humedecido sus labios en el vino de mirra, Jesús volvió la cabeza ⁴, fuera únicamente porque

¹ GAUCER: *Inscript.*, I, 434: «Cohors militum voluntaria que est in Syria.» SMITH (*Dictionn.*, v. *Army*) quiere ver en esta cohorte la guardia particular del Procurador. En este caso deberíamos suponer que había venido de Cesarea con Pilatos por motivo de la Pascua, y sería distinta de la guarnición habitual de la Antonia, lo cual no es inadmisibile.

² V. LANDOLFO, *op. cit.*, —S. BRIGIDA, *loc. cit.*, —etc.—La cruz tiene una altura de medida en las pinturas del siglo XIII, y sobre todo en las del XV. Después de lo cual se vino á lo verosímil.

³ Los monumentos del arte bizantino y gótico son conformes á esta tradición.

⁴ MATH. II, XXVII, 34: «Cum gustasset (vinum felle mixtum) noluit libere.»—Hemos dicho más arriba lo que se debe pensar de lo que dice San Mateo: esta hiel es probablemente la substancia amarga que San Marcos llama *mirra*.

rehusaba el lenitivo que le ofrecían, fuera más bien por protestar contra la mezcla de hiel en la poción tradicional, según lo insinúa San Mateo. No se preocuparon de esto los verdugos, y pronto, según costumbre ¹, fué despojado de todos sus vestidos. Era un espectáculo lastimoso aquella carne magullada por los azotes, acardenalada con las caídas, ensangrentada de nuevo con desnudarla ahora brutalmente, y estremeciéndose de la humillación á que se la sometía á la vista de todo un pueblo. Una creencia piadosa nos dice que uno de los asistentes cubrió con una faja la desnudez del crucificado ². Según San Buenaventura y Landolfo Cartujano, la misma Maria se habría quitado el velo y cefido con él á su Hijo ³. ¡Ay! Es poco probable que la Madre afligida pudiera hacer á su Hijo este último servicio: el amor debía inspirárselo, pero el furor de los Judíos y la brutalidad de los ejecutores acaso lo impediría. Contentémonos con recoger de los labios del moribundo la pálida sonrisa con que pagó, según Santa Brígida ⁴, este acto de misericordia. Desde ahora ya no hay más que sufrimientos y agonias, como en Gethsemani, más terribles aún si esto es posible. Antes de tenderse sobre la cruz ⁵, ¿no tendría Jesús necesidad

¹ ARTEMIDORO, ARRIANO, etc.: *loc. cit. supra*.—Santa Brígida hace aquí esta observación: «Ipse veniens ibi (en el Gólgota), exiit se personaliter vestibus suis.»

² S. BRIGIDA: *Rvelation.*, lib. IV, c. LXX. —CATALINA ENMERICH: *Doulour. Passion.*, c. XXX.

³ LANDOLFO: *Vita Christi*; —S. BONAVENT. *Méditat.*—Se conserva en Aix-la-Chapelle un lienzo de tejido lardo y forma triangular, con manchas de sangre, que se dice ser el *perizonium* ó ceñidor que tuvo Cristo en la Cruz.

⁴ Lib. I *Revelat.* c. x, 9: «Stante autem filo meo (hace decir á Maria), sicut natus erat nudo corpore, unus tunc accurrens apportavit sibi velamen quo ipse exultans velabat etc.»—En otra parte, lib. IV, c. LXX, 6: «Quasi consolatus, etc.»

⁵ LANDOLFO: *de Passione*, LXIII, 3: «Super lignum crucis, quæ in terra erat posita, dicit projectus.»—Id., *ibid.*, 7: «Cruce in terra jacente,

de repetir: «Padre mío, hágase tu voluntad y no la mía?» Sólo Él pudiera decirnoslo, mas parece muy natural que pensara en renovar en este momento su consentimiento á la obra de nuestra redención.

Dobló sus rodillas, y, arrastrándose hacia el instrumento del suplicio, se extendió sobre él sin decir palabra. Adaptaron la mano derecha á un extremo del madero transversal, y uno de los verdugos la clavó, de un golpe seco, con un clavo de cuatro esquinas y diez centímetros de largo, que el verlo estremece todavía ¹. Saltó la sangre, se contrajeron los dedos, y los labios de la víctima dejaron escapar un suspiro. De otro martillazo quedó clavada la mano derecha. Eran muy duchos operarios los *chaouchs* del Procurador, y ejercían su oficio con un placer que se reflejaba en la destreza con que lo hacían todo. ¡No hay nada más horroroso que ese gusto del hombre en la sangre de otro hombre, esa delectación en las torturas de sus semejantes, esa habilidad refinada de despedazar que le envidiaría una fiera! Pero ¡cuánto más horror no causa cuando todo eso se ve aplicado á destruir lo más inocente y más perfecto que Dios había criado! ¿Cómo es posible no considerar llenos de espanto que esos brazos inconscientes los armó nuestra malicia, y que de lo que hicieron hemos de responder un día en el tribunal del Dios Crucificado?

Clavadas las manos, llegó el turno á los pies. Horripotea Christum affixum levaverunt cum cruce.»—(Cita á este propósito Inocencio III, etc.).

¹ El uno de estos clavos se conserva en Roma, en la Basílica de Santa Cruz de Jerusalén, donde se permite venerarlo á los peregrinos. Se han hecho *fac-simile*, que se encuentran repartidos por todo el mundo. Tiene doce centímetros de largo, y de gordo en la base un centímetro por cada lado. La cabeza está encerrada en una especie de capuchón redondo, que deja fuera unos diez centímetros. En Tréveris enseñan un clavo que dicen es el del pie derecho; se diferencia un poco de este otro que hemos nombrado.

ble estremecimiento agitaba al sentenciado mientras ajustaban las piernas medio dobladas al tronco del árbol maldito. ¿Qué les importaba á los verdugos, acostumbrados á tales espasmos y que tenían prisa por acabar? Mientras una presión brutal sujetaba los pies en el sitio designado, los martillos hundían rápidamente en ellos los dos clavos que faltaban. Luego, satisfechos de su trabajo, los verdugos se incorporaban, diciendo con burla: «Ahora, Galileo, desenclávate si eres el Hijo de Dios.»

Todo el cuerpo se retorció con un esfuerzo descompasado, buscando en este lecho fúnebre una postura menos dolorosa; levantósele el pecho para aspirar el aire mientras la cabeza se revolvía con tan repentina torsión, que estiró los brazos y les imprimió sucesivamente una sacudida horrorosa. Después la convulsión volvía hacia abajo, desplomando el tronco y doblando las rodillas para llegar hasta los pies, cuyos dedos crispados daban con las uñas en la madera. El corazón palpitaba con violencia, la boca respiraba sollozando, gruesas lágrimas corrían por sus mejillas, entretanto que los ojos, desmedidamente abiertos, parecían buscar un poco de compasión y de consuelo. Más tarde vino el abatimiento: el Crucificado parecía que se desvanecía y perdía el sentimiento de su miseria. Se inclinó la cabeza, se extinguió el llanto y se extendieron los miembros cuanto era posible. En la cara de los verdugos se dibujaba la ansiedad, temían que se muriera antes de alzar la cruz, y entonces el pueblo se habría quedado sin las emociones y el gusto del espectáculo. ¡Manos á la obra, y arriba la cruz que domine la cresta de la colina, y al burlón *Ave Rex* del pretorio suceda el saludo á Tiberio triunfante: *Ave, César, imperator!*

Se levantó, pues, la cruz en brazos de los ejecutores, resbaló al agujero abierto para meter la parte inferior, y

allí quedó acuñada con tierra y piedras apretadas con cuidado ¹. Esta operación no se hacía sin sus dificultades, que se vencían con ciertas precauciones, como la de sujetar con cuerdas á la cruz el pecho y la cintura del paciente para impedir que se desgarraran las manos al caer la cruz en el hoyo abierto para recibirla. Pero por mucho cuidado que pusieran los verdugos en moderar sus movimientos, era imposible evitar que el pie de la cruz cho cara violentamente con la piedra al caer en el hoyo ². Sin duda esto arrancó un grito al Crucificado, que María sola oyó en su corazón y que se perdió en un clamoreo de blasfemias y de injurias.

Al ver á la santa víctima elevada entre el cielo y la tierra, pareció que se contenía un momento el odio de los Fariseos y los Escribas, tal vez por un sentimiento de hipócrita conveniencia; pero el pueblo apiñado en las pendientes y en la parte baja ³ lanzó contra Jesús un inmenso vocerío:

«¡Bah! ¡Tú que destruyes el templo de Dios y lo reedificas en tres días, sálvate á ti mismo. Si eres el Hijo de Dios, bájate de la cruz ⁴!»

Después, satisfecha ó cansada la turba, comenzó á desfilarse; pero al pasar por delante meneaban la cabeza y continuaban profiriendo insultos ⁵, á los cuales pronto se asociaron los sacerdotes, diciendo con ironía:

«¡Á otros ha salvado, y no puede salvarse á sí mis-

¹ Todavía se venera el lugar de esta cavidad que se ve debajo del altar de los griegos, á la izquierda del lugar de la Composición.

² LANDOLFO: *De Passione*, LXIII, 7-8.—LE CAMUS: *Vie de N.-S.*, t. III, p. 336.

³ LUC., XXIII, 35: «Et stahat populus spectans, etc.»

⁴ MARC., XV, 29: «Vah! qui destruis templum Dei et in tribus diebus reedificas, salvum fac teipsum, descendens de cruce.»

⁵ MATH., XXVII, 39: «Pretereuntes autem blasphemabant eum, moventes capita sua.»

mo ¹! Si es el Cristo amado de Dios, pruébelo librándole ², para que podamos creer en él ³».

Y como la corona de espinas que habían vuelto á ponerle en la cabeza ⁴ les recordaba el título de Hijo de David, repetían: «¿Eres Cristo, Rey de Israel? Bájate, pues, de la cruz ⁵».

Y llamándose unas blasfemias á otras, continuaban:

«Ha puesto su confianza en Dios.... pues libréle ahora Dios, ya que le ama. ¿No ha dicho: Yo soy el Hijo de Dios ⁶?»

«Es cosa inaudita, observa Bossuet, que la crueldad y la risa se junten con toda su fuerza, porque el horror de la sangre derramada llena el alma de imágenes funestas que reprimen los transportes de ese gozo maligno de que se forma la befa y le impiden que se manifieste en toda su extensión. Pero no hay que maravillarse si en este día sucede lo contrario; pues el infierno vomita su veneno y los demonios vienen á ser esas almas que hacen todo esto que estamos viendo. Todos esos espíritus rebeldes del averno son necesariamente crueles y burlones: crueles, porque son envidiosos; burlones, porque son soberbios. Porque hartos se ve, sin que yo lo diga, que el ejercicio, el placer de la envidia es la crueldad, y que el triunfo de la soberbia es la mofa. Por eso, en este día en que reinan los espíritus burlones y crueles, hay tan extraña mezcla

¹ MATH. XXVII, 42: «Alios salvos fecit, seipsum non potest salvum facere.»

² LUC., XXIII, 35: «Se salvum faciat, si est Christus Dei electus.»

³ MARC., XV, 32: «Ut videamus et credamus.»

⁴ ORIGEN: *In Matth.*, loc. cit.—TERTULL.: *Contra Judæos*, XIII.—SANTA BRIGIDA dice aquí: «Tunc corona spinæ capiti ejus arctissime imposita fuit, que ad medium frontis descendebat.» Lib. IV, c. LXX, 6.

⁵ MARC., XV, 32: «Christus rex Israel descendat nunc de cruce.»

⁶ MATH., XXVII, 43: «Confidit in Deo: liberet nunc, si vult, eum: dixit enim: Quia Filius Dei sum.»

de burla y crueldad, que no se sabe cuál domina á cuál ¹.

Bossuet tiene razón : este día pertenecía por completo al infierno, y el Salvador podía muy bien predecir desdichas á los Judíos, inspiradas por Satanás : «No saben lo que hacen.» Había llegado la hora de cumplirse la profecía antes recordada por el Maestro : «Oiréis y no comprenderéis : han cerrado sus ojos y sus oídos por miedo de ver y de oír y de comprender, para no arrepentirse y aprovecharse de la salud que les traigo ².»

Entretanto, en medio de este tumulto los verdugos habían levantado otras dos cruces, una á la derecha y otra á la izquierda ³, que tenían dos ladrones condenados tiempo antes y guardados para la expiación solemne de la Pascua. No conocemos su crimen ; pero se ha supuesto con razón que eran reos de los mismos delitos que Barrabás, culpables como él, de sedición, de asesinato y de pillaje ⁴. El Evangelio, que los había dejado en la obscuridad hasta aquí, los saca ahora á relucir para justificar unas palabras del Profeta : «Ha sido contado entre los malhechores ⁵.» El pensamiento de esta asociación infamante, ¿pertenecía á Pilatos ó era de los Judíos? Si el Procurador quiso hacer así mofa de los pontífices y los Fariseos ⁶, parece que no lo consiguió : hallaban aceptable cuanto hiciera sufrir más á su víctima, y no fué de este desprecio de lo que ellos protestaron, que no tardaron en protestar con una reserva propia para dar más peso á su queja.

¹ BOSSUET : *Sermón segundo de la Pasión*, I.

² ISAI., VI, 9 ; — MATTH., XV, 13.

³ MATTH., XXVII, 48 : «Tunc crucifixi sunt cum eo duo latrones, unus a dextris et unus a sinistris.»

⁴ La tradición les llama ordinariamente Dismas y Gesmas.

⁵ ISAI., LIII, 12 : «Et cum sceleratis reputatus est.»

⁶ LANDULFO : *De Passione*, c. LXIII, 40.

En conformidad á las prescripciones del derecho romano ¹, los soldados habían puesto sobre la cabeza de Jesús el cartelón con su nombre y el motivo de su condena : era una tablilla blanqueada con cal, de unos sesenta centímetros de larga ², en que se leía en caracteres hebreos, griegos y latinos la fórmula : «Jesús Nazareno, rey de los Judíos ³.»

Los caracteres eran de ancho tamaño ⁴ para poderse leer fácilmente á cierta distancia, y la excitación del primer momento había impedido á los pontífices parar mientes en lo escrito por el Procurador ⁵. Pero acercándose á la Cruz, oyeron á los soldados glosar con sus sarcasmos la declaración de aquella realza de Cristo ⁶, y se enteraron de la equivocación del escrito oficial. Al punto enviaron á Pilatos una comisión que le dijera : «No se debe escribir *Rey de los Judíos*, sino que él ha dicho : *Yo soy el Rey de los Judíos*.»

«Lo que yo he escrito, escrito está ⁷, respondió secamente el Romano. Tenía bastante con la complicidad, que le había costado la honra y la tranquilidad de la conciencia. Los Judíos la comprendieron, y el incidente no tuvo más consecuencias. En su Cruz el moribundo fué Rey por orden del representante del César, á despecho de los

¹ APUL. : *Florida*, I.—DIÓN CASIO, LIV, 3.—EUSEBIO : *Hist. Eccl.*, VI, —*Actas de los Mártires*, passim.

² Estas proporciones se deducen del fragmento conservado en Roma, en la iglesia de Santa Cruz de Jerusalén.—Cf. ROHAULT DE FLEURY, *op. cit.*, p. 483 y sig. Las letras estaban en color encarnado.

³ JOANN., XIX, 19 : «Jesus Nazaranus rex Judæorum... et erat scriptum hebraice, græce et latine.»

⁴ Tenían como tres centímetros.

⁵ C. EMMERICH, *Doulour, Passion*, c. XXX.

⁶ LUC., XXIII, 36 : «Il ludebant autem ei et milites... dicentes : Si tu es rex Judæorum, salvum te fac.»

⁷ JOANN., XIX, 21 : «Noli scribere : Rex Judæorum ; sed quia ipse dixit : Rex sum Judæorum. Respondit Pilatus : Quod scripsi, scripsi.»

que gritaron : « No queremos que reine sobre nosotros ¹. »

Hecho su oficio, se apartaron ² los verdugos y procedían á repartirse los vestidos del ajusticiado ³, la túnica, los calzoncillos, el ceñidor, el manto, las sandalias y la montera usada en el país. La túnica, tejida en el telar, era de una sola pieza, y la apartaron diciendo : « No la desgarraremos, y echémosla á suerte ⁴. » De lo demás hicieron cuatro lotes, y se los jugaron á los dados ⁵, mezclando el juego con chistes sobre lo *rico* del botín, que tan ruidosa catástrofe les valía.

El Centurión reunía á su gente y los concentraba al pie del Calvario, dejando junto á la Cruz la guardia de reglamento, cuatro soldados y un decurión ⁶, para impedir cualquier exceso de la chusma. No era inútil la precaución : si respecto á los ladrones no había nada que temer, no así respecto al Redentor, sobre el cual no cesaban de llover ultrajes : parecía que con sus padecimientos crecía la rabia de sus enemigos : apoderábase de ellos la embriaguez de la sangre, y, de no estar allí los soldados romanos, le habrían tirado piedras probablemente y hubiesen dado de golpes á este agonizante, que no se moría bastante aprisa. Los soldados le guardaban sentados á la distancia de algunos pasos ⁷, no sin insultarle, y le ofre-

¹ LUC., XIX, 14 : « Nolumus hunc regnare super nos. »

² El sitio está indicado por la capilla armenia de la División de los vestidos en la parte baja del Calvario, hacia el Nord-Este.

³ Era derecho de ellos.—*Digest.*, XLVII, 20 : *De Bonis damnat.*, 6.

⁴ JOHANN., XIX, 23 : « Erat autem tunica inconsutilis, desuper contexta per totum. Dixerunt ergo ad invicem ; non scindamus eam, sed sortiamur de illa ut unus sit. »

⁵ IN., XIX, 23 : « Acceperunt vestimenta ejus et fecerunt quatuor partes, unicuique militi partem. »—MATTH., XXVII, 33 : « Sortem mittentes. »

⁶ Este uso se menciona en los *Hechos Apostólicos*; XIII, 4.—*CL. SMITH* : *Dictionn. v. Army.*—Cada cruz tenía quizá su guardia particular, y los doce hombres los mandaba un decurión.

⁷ MATTH., XXVII, 36 : « Et sedentes servabant eum. »

cieron por burla agua con vinagre que ellos estaban bebiendo ¹ por el mucho calor que hacía, y le tornaba más molesto la niebla misteriosa que les envolvía. Sin poderlos reprimir, el jefe que los mandaba se ensimismaba en la consideración de aquella escena, en que se le revelaba á él la mano de Dios. A cada blasfemia que oía, respondía en su alma, como un eco, una protesta : aquella muerte era, á su entender, una muerte sobrehumana, y las espinas se le representaban como rayos de luz que ceñían aquella frente humillada.

Por instantes se producía cierta calma : la turba cesaba de gritar, y en este silencio relativo se oía á los ladrones que hacían burla también del Galileo. Como la mayor parte de los sectarios abandonados á la justicia de Roma, habían seguramente rehusado beber el narcótico, para mostrar su valor y el desprecio que hacían de los vencedores ². El dolor no les había domado, sino que, por el contrario, los había sobreexcitado hasta el frenesí, que se traducía en maldecir á Jesús ³. Pero, ¿qué mal los había hecho? El Evangelio nos hace conocer sus agravios refiriendo lo que decía uno de ellos : « Si tú eres el Cristo, sálvate á ti mismo y á nosotros ⁴. »

Éste, según lo que dice San Lucas, blasfemaba contra la misión divina de Jesús : el otro, según San Mateo, amargo y desesperado, se contentaba con repetir las *injurias* de los Sanhedritas ; pero los dos se referían ⁵ á las

¹ LUC., XXIII, 36 : « Illudabant autem ei et milites, accedentes et acetum offerentes ei. »—Esta bebida se llamaba *posca*.

² *CL. JOSEFO* : *Antiq. Jud.*, XVIII, 1, 6.

³ MATTH., XXVII, 44 : « Idipsum autem et latrones, qui crucifixi erant cum eo, improperebant ei. »

⁴ LUC., XXIII, 39 : « Unus autem de his qui pendebant latronibus, blasphemabat eum, dicens. Si tu es Christus, salvum fac teipsum et nos. »

⁵ LANDOLFO : *De Passione*, LXIII, 43.

esperanzas, tantas veces despertadas en las almas, particularmente en Galilea, de aquel reino del Mesías, que los partidarios de Judas Gaulonita habían ensayado establecer, que la muchedumbre había querido restaurar en el desierto, que Jesús anunciaba para un tiempo cercano, y que una vez más se evaporaban como el humo. La luz no había podido penetrar en aquellos cerebros obtusos; la ilusión desvanecida engendraba la cólera, y ésta el insulto contra el Profeta, como promovedor de tales ensueños, de la decepción y de la muerte. Necesitaban maldecir á alguno, y allí tenían á Jesús contra quien podían desfogarse tanto más fácilmente, porque no habían oído nunca sus enseñanzas: no habían sido discípulos suyos; no habían recibido de él ninguna promesa en recompensa de su fidelidad: todo lo que sabían de él era que predicaba un nuevo reino, en el cual ellos esperaban tener su parte del bienestar general, sin haber contribuido con su esfuerzo particular. Para el día del triunfo contaban probablemente con la amnistía, ya que no con la alabanza de sus empresas contra el régimen establecido. ¿No sabían que así sucede muchas veces? ¿Y por qué no habían de tener ellos la suerte de tantos otros? Esperando, como esperaban esto sin duda, habrían murmurado de la lentitud con que procedía Jesús, y se habrían reído de su desinterés, que les parecía mal, como al Iscariote: y si éste le había entregado, ellos le injuriaban. La humanidad no cambia gran cosa con los siglos, y el respeto á los vencidos nunca ha sido virtud común.

Para completar la tristeza de este cuadro, tan triste ya por sí, no se oía ni una sola voz amiga, no ya para protestar, que esto hubiera sido un arrojito, sino á lo menos para compadecerse del moribundo. María y las piadosas mujeres eran contenidas á cierta distancia por la guardia

romana, y Juan tenía hartito que hacer con protegerlas de los empujones de la turba y los asaltos del propio dolor. Apenas sabía darse cuenta de sí mismo en medio de aquella confusión, sin poder hacer nada, no sabiendo si su primer abandono de Gethsemani le constituía cómplice, ó si sus deberes para con María le prohibían confesar ahora la divinidad del Crucificado.

Se cumplía, pues, en toda su plenitud la antigua profecía del Salmista: «Á la vista están los que me atribulan. Mi corazón esperó á cada latido improprios y desdichas. Y esperé que alguno se entristeciera conmigo, y no lo hubo; y que alguno me consolase, y no le hallé. Y me dieron hiel por comida, y en mi sed me dieron á beber vinagre ¹.»

Pero si la boca del Salvador repetía las palabras que había puesto en la de David, no terminaba el lamento amenazador que se permitió el Profeta: «Derrama sobre ellos tu ira, y el furor de tu ira caiga sobre ellos. Desierta quede su morada, y en las tiendas de ellos no haya quien habite. Porque al que tú heriste persiguieron, y aumentaron el dolor de mis llagas. Agrávales su responsabilidad, y no entren en tu justicia. Sean borrados del libro de los vivientes, y sus nombres no se vean jamás escritos con los de los justos ².»

Muy al contrario: mientras la chusma aullaba, mien-

¹ PSALM., LXVIII, 21-22: «In conspectu tuo sunt omnes qui tribulant me: improprium expectavit cor meum et miseriam. Et sustinui qui simul contristaretur et non fuit; et qui consolaretur et non inveni. Et dederunt escam meam fel et in siti mea potaverunt me aceto.»

² *IBID.*, LXVIII, 25-29: «Effundé super eos iram tuam, et furor ire tue comprehendat eos. Fiat habitatio eorum deserta, et in tabernaculis eorum non sit qui inhabitet. Quoniam quem tu percussisti, persecuti sunt, et super dolorem vulnerum meorum addiderunt. Appone iniquitatem super iniquitatem eorum, et non intrent in justitiam tuam. Deleantur de libro viventium et cum justis non scribantur.»

tras blasfemaban los Sanhedritas y hacían mofa los soldados, y los ladrones le prodigaban las últimas injurias. Él, alzando la cabeza con trabajo y esforzándose por mirar al cielo, con voz apagada, decía con inefable dulzura: «Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen ¹.»

¹ Luc., XXIII, 34: «*Jesus autem dicebat: Pater, dimitte illis: non enim sciunt quid faciunt.*»

CAPITULO V

LAS SIETE PALABRAS Y LA MUERTE.

Pater dimitte illis: non enim sciunt quid faciunt. LUC., XXIII, 34.

Hodie mecum eris in Paradiso.

LUC., XXIII, 43.

Mulier, ecce filius tuus.

JOANN., XIX, 26.

Deus meus, ut quid dereliquisti me?

MATTH., XXVII, 46.

Sitio.

JOANN., XIX, 28.

Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.

LUC., XXIII, 46.

Consummatum est. JOANN., XIX, 30.

«Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen.» Apenas el Salvador había pronunciado esta palabra, cuando su efecto se hizo ver en el alma de uno de los ladrones. Cesó repentinamente de blasfemar aquel desdichado, al mismo tiempo que su corazón daba entrada á cierta compasión respetuosa de la gran Víctima, cuyo destino compartía. Volviendo hacia su cómplice la mirada suplicante y severa á la vez, le dijo:

—«No tienes temor de Dios, ni aun ahora que vas á morir. Si nosotros padecemos, motivo hemos dado; recibiendo estamos la paga de nuestros delitos. Pero éste, ¿qué mal ha hecho ¹?»

¹ Luc., XXIII, 40-41: «*Neque tu times Deum quod in eadem damnatione es. Et nos quidem juste, nam digna factis recipimus; hic vero nihil mali gessit.*»

Y luego dirigiéndose á Jesús :

—«Señor, dijo con humildad, acuérdate de mí cuando hayas entrado en tu reino ¹.»

Su conversión era completa : reconocía al Rey supremo, cuyo reino no es de este mundo, al Señor del cielo y de la tierra, al dominador de la muerte, en aquel mismo á quien poco antes insultaba ². ¿Y en qué lo había reconocido, sino en el tono de misericordia todopoderosa con que había pedido al Padre el perdón de sus verdugos? Sólo un Dios podía pedir con esa confianza, sólo un Dios podía perdonar con aquella mansedumbre. Si el misterio de su vida mortal se tornaba aún más impenetrable en su agonia, esto no obstaba para que el ladrón entreviera cuanto podía afirmar su fe, arrepentimiento y esperanza : como la pecadora, como el publicano, como la Samaritana, saludaba con dócil corazón al *Cristo, hijo de Dios vivo* ³, que se le mostraba en la misericordia que tenía de los pecadores ⁴.

Así es que luego al punto recibió la absolución de sus pecados y la seguridad de su salvación.

—«En verdad te lo digo : Hoy estarás conmigo en el paraíso ⁵.»

Palabra llena de consuelo y á la vez de terrible amenaza para el alma que gime en la esclavitud del pecado. Llena de consuelo, porque deja lugar á la esperanza en el último instante ; llena de amenazas y de angustia, porque fué dicha solamente á uno de los ladrones ⁶!

¹ LUC., XXIII, 42 : «Domine, memento mei, quum veneris in regnum tuum.»

² «Crux illi schola erat», dice San Agustín : «Ibi docuit Magister latro-nem: lignum pendentis cathedra factum est docentis.»—*Serm.* CCXXXIV, 2.

³ MATTH., XVI, 16 : «Christus filius Dei vivi.»

⁴ MARC., II, 17 : «Non veni vocare justos sed peccatores.»—*Cf.* I TIM., I, 15, etc.

⁵ LUC., XXIII, 43 : «Amen dico tibi: hodie mecum eris in paradiso.»

⁶ S. AGUSTÍN., *loc. cit.*

Entretanto las tinieblas eran ya tales, que difícilmente se veían unos á otros, y el terror que causaba esta obscuridad inexplicable penetraba las almas en que no había tenido entrada la compasión: la mayor parte de los Judíos se volvían apresuradamente á la ciudad y se refugiaban en el Templo contra la catástrofe que comprendían se les venía encima. Los soldados contemplaban con inquietud este movimiento de retirada, incorporándose al grupo que rodeaba al Centurión en el declive del Calvario. Con esto quedaba más fácil el acceso á la cruz ; pero los blasfemos no pensaban ya en abusar de esta libertad : huían cabizbajos y silenciosos, con tanta prisa de perder de vista á su víctima, como antes tenían de presentársela en espectáculo á la muchedumbre. Los amigos de Jesús pudieron, pues, acercarse con cautela hasta el pie de la cruz : allí estaban María su madre, Juan el discípulo amado, la Magdalena y Marta, María de Jacobo, Salomé, Juana de Cusa y otras cuyos nombres no nos ha conservado la tradición ¹.

Las miradas del moribundo se fijaron en este pequeño grupo de amigos fieles, buscando sin duda á Aquella que él esperaba para esta postrera despedida. María se mantenía de pie ² á la izquierda de Jesús, junto al mal ladrón ³, cual si hubiera tratado de preservar-le de la justicia que iba á caer sobre él. ¡Ay! ¡Esfuerzo inútil, porque el miserable no lo había de aprovechar!

¹ MATTH., XXVII, 55 : «Erant autem ibi mulieres multe.... inier quas erat Maria Magdalene, etc.»—Marta no se nombra en el Evangelio: pero toda la tradición la junta con su hermana al pie de la cruz.

² JOANN., XIX, 25 : «Stabant autem juxta crucem Jesu mater ejus, et soror matris ejus, etc.»

³ Es el lugar que se señalan el examen de los sitios y la situación del altar del *Stabat Mater* en el Calvario. No es posible dudar, si nos atenemos á la tradición, que nos muestra á Jesús muriendo con la cara vuelta hacia el Occidente.

Del corazón de la divina Madre subía al corazón de su Hijo una súplica ardiente por el linaje humano, del cual la había hecho corredentora, y lo que ella quería ante todo era la seguridad del perdón para la humanidad. Él la comprendía perfectamente, y sin tardanza la dirigió una palabra llena del respeto que correspondía al ministerio que entonces la confiaba.

—«Mujer, he ahí á tu hijo».

Y con los ojos designaba á San Juan. Luego dijo al discípulo con dulce y grave tono:

—«He ahí tu madre ¹».

Es decir: «¡Oh madre mía, reina y señora de cuanto yo tengo! ², he ahí los hombres que te encomiendo para que desde hoy seas su abogada. ¡Yo te hago madre de ellos para que me impidas rechazarlos, puesto que no podría hacerlo sin rechazarte á tí! ¡Gózate, madre mía. Son salvos! Y tú, hombre ¡he ahí tu modelo y tu refugio! Te he perdonado, toda vez que pongo tu suerte en las manos de Aquella á quien no puedo negar nada cuando intercede por tí ³».

Sucedió á esto largo silencio durante el cual Jesús entró en el último período de la agonía, más rápida, pero también más cruel que la de Gethsemani. No quiso entregarse á ella antes de dar á los pecadores seguridad contra el temor de que los deje Dios en el abandono en que iba á dejar á la víctima de sus pecados: por eso les dió primero un refugio en el amor maternal de María. Ahora

¹ JUANN., XIX, 26 27: «Dicit matri suæ: «Mulier, ecce filius tuus! — Deinde dicit discipulo: Ecce mater tua.»

² Importa observar que la palabra *mujer* se toma en Oriente en el sentido de *señora*; es, pues, un modo de nombrarla con respeto, por más que digan ciertos comentaristas.

³ Cf. THÉOPHYLACTO.—NATAL ALEXANDRO.—TOLEDO, etc., *in hunc loc.* — BOSSUET, *Panegirico de San Juan.*

ya podía entregarse á los rigores de la justicia divina para sufrir todo lo que va comprendido en la maldición pronunciada contra el pecado: «Vistióse de maldición como de un vestido ¹», cargando con la responsabilidad de nuestras miserias, y, por consiguiente, tuvo que sufrir el castigo, esto es, el abandono en que Dios deja justamente al que le abandonó primero.

Ahora bien: la culpa del hombre merecía un abandono sin remisión: la separación, eterna de sí, no suponía ya ningún regreso. Por eso Jesús, en este momento, se encontraba abandonado de Dios con el sentimiento de una soledad comparable á la que desespera á los condenados. «La maldición entró como agua en sus entrañas, y como aceite en sus huesos ²»; era la hora del triunfo del infierno, y sumido momentáneamente en este abismo de angustias, el Redentor dejó escapar este grito:

«¡Dios mio, Dios mio!, ¿por qué me has desamparado ³?» Siglos antes había puesto David esta queja en boca del Mesías ⁴, y los Judíos que quedaban en el Calvario debieran haberla recordado, ya que tanto presumían de saber los Libros Santos.

Pero no hicieron caso, y como había hablado en siriacaldeo: «Eli, Eli, lamma sabacthani ⁵», creyeron que llamaba á Elias, el profeta á quien frecuentemente invocaban en los peligros, y se dijeron riéndose:

¹ PSALM., CVIII, 18: «Induit maledictionem sicut vestimentum.»

² *Id.*, *ibid.*: «Intravit (maledictio) sicut aqua in interiora ejus, et sicut oleum in ossibus ejus.»

³ MATTI., XXVII, 46: «Clamavit Jesus voce magna dicens: Eli, Eli, lamma sabacthani? Hoc est: Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?»

⁴ PSALM., XXI, 1.

⁵ A. Weil piensa que debe leerse: «Eli, Eli, lamah esabthani», según el hebreo puro y no según el dialecto arameo.—(Moise et le Talmud, p. 173).

—«¡Eh! Llama á Elias ¹».

Y como, casi sin intervalo, había añadido:

—«Tengo sed ²».

Uno de los soldados se levantó, puso en la punta de una caña una esponja empapada en agua con vinagre, y la aplicó á los labios del moribundo, mientras los otros gritaban:

—«¡Deja, deja! Á ver si viene Elias á librarle ³».

Pero el soldado había hecho su caritativo obsequio, y con aquella frescura refrigeró un poco la fiebre que devoraba al Crucificado. Se sabía por experiencia que la sed era uno de los más vivos sufrimientos de los condenados á muerte de cruz; hasta podía por sí sola ocasionar la muerte. «Todo concurría á excitarla: los sufrimientos físicos, la distensión de las entrañas, las pérdidas progresivas de sangre y, cuanto á Jesús, todos los tormentos y todas las pruebas que precedieron ⁴». El Divino Maestro no quiso eximirse de ella ⁵, y, siglos antes, los profetas á quien Él inspiraba, le presentaban *bebiendo vinagre de manos de sus enemigos* ⁶. Mas aquella sed no tanto se la causaban los sufrimientos de la crucifixión, como el deseo ardiente de la salvación de las almas. Á medida que adelantaba la obra de la Redención y se aproximaba el momento de realizarla, el Divino Mártir sentía una especie de impaciencia. En lo más profundo de su abandono, cuando se quejaba de sentir á Dios tan lejos, es difícil decir si no le hacía sufrir otro tanto la tardanza de las almas en acercar-

¹ MATTH., XXVII, 47: «Eliam vocat iste»

² JOANN., XIX, 28: «Dixit: Sitio.»

³ MATTH., XXVII, 47-49: «Sine, videamus an veniat Elias liberans eum.»

⁴ LE CAMUS: *Vie de N.-S.*, t. III, p. 318.

⁵ JOANN., XIX, 28: «Ut consummaretur Scriptura, dixit: Sitio.»

⁶ PSALM., LXVIII, 22: «In siti mea potaverunt me aceto.»

se á Él. En verdad, ¿no era por ellos por quien había aceptado no ver la cara de su Padre? Y el gozo de volverle á ver, ¿no le sería anunciado con la palabra que le asegurase la realización de sus deseos?

No es que dudara de Dios, por más violenta que fuese la tempestad en que pareció abismarse; por encima de sus olas, á través de las desgarraduras del cielo trastornado, había conservado la visión del rayo de luz que descendía hasta Él. Mas no por eso había sentido menos cuán profunda era la separación abierta por el pecado entre Dios y el hombre, y qué prodigio de la Divina Misericordia era menester para borrar sus huellas. Confiado y temeroso á la vez, no podía menos de extender sus manos y de dar voces á las almas y á Dios para reunirlos y estrecharlos en un mismo abrazo. «¡Tengo sed!» ¡Sed de Dios que se esconde, sed de las almas que se le van ¹! ¡Sed de consumir el sacrificio que aplacará á Dios y rescatará al hombre! ¡Sed de unión, por siempre inalterable, en que el hombre y Dios gozarán juntos de la gloria y las alegrías de la eternidad.

¡Oh! Esta sed de que se queja nos hace ver claramente que es hombre como nosotros, hombre de dolor y flaco; pero también nos muestra que es Hombre-Dios, único capaz de conocer así el precio de las almas, de amarlas con ese amor, de desearlas con esa pasión; porque Él las hizo á su imagen y las predestinó para su reino.

Era cerca de las tres. De repente salió de su boca un grito de victoria:

—«¡Todo está consumado ²!»

¹ LANBULFO: *Vita Christi*, p. 2.^a, c. LXIII, 43, cit. S. Bernard: «Quid ergo sitis, o bone Jesu? Certe solum redemptionem hominis et gaudium humane salutis.»—San Agustín añade: «Quid sitis, Domine Jesu? Vinum de vite aut aquam de flumine? Sitis tua salus mea.»

² JOANN., XIX, 30: «Consummatum est!»

Sale del fondo del abismo y ve sobre su cabeza el sol que resplandece : Dios está aplacado : el hombre ha obtenido el perdón ; por consiguiente, su misión queda terminada. De una sola ojeada repasa todas las profecías y las encuentra cumplidas ; ni el cielo ni la tierra tienen nada que reclamarle. Ha ganado el derecho de ponerse á descansar como después de una creación nueva de la humanidad y aun del mundo, pues *ha restaurado en sí todas las cosas* ¹, como el hombre las había depravado consigo. Recobra su fortaleza ; semejante á un obrero que se le ensancha el pecho y nueva savia corre por sus miembros y todo su vigor se renueva por la satisfacción que le causa ver su obra llevada á feliz término. Diríase que se transfigura otra vez ; levanta la cabeza y con voz estentórea ² anuncia al mundo que se sale de esta vida :

—«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu ³.»

Jamás se había pronunciado entre los hombres palabra como esa : es el testimonio más espléndido con que pueda acreditarse á sí misma la fortaleza que hay en el Verbo de Dios. Es la repetición, pero repetición justificada, del reto que lanzó al mundo :

—«Nadie me quita la vida ; yo la doy porque quiero. Yo sólo tengo poder para darla y para volver á tomarla. Yo la dejo de grado, pero es para volver á tomarla, según el mandato que recibí de mi Padre ⁴.»

Tiempo antes, cuando los Judíos escucharon estas palabras, inauditas hasta entonces, muchos de ellos decían :

¹ EPHES., I, 10 : «Proposuit (Deus)... instaurare omnia in Christo, que in caelis et que in terra sunt, in ipso.»

² LUC., XXIII, 46 : «Et clamans voce magna.»

³ Id., *ibid.*, 46 : «Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.»

⁴ JOANN., X, 17 : «Ego pono animam meam ut iterum sumam eam. Nemo tollit eam a me, sed ego pono eam a meipso ; et potestatem habeo ponendi eam et potestatem habeo iterum sumendi eam. Hoc mandatum accepi a Patre meo.»

—«Está endemoniado y loco. ¿Por qué le escucháis?» Al presente las dice para confusión del demonio y justificación de su sabiduría. Escuchémosle bien.

—«Padre, las víctimas y los holocaustos no podían aplacar vuestra justicia. Me habéis adaptado un cuerpo, y dije: *Heme aquí* ². Yo seré tu víctima y la cruz será el altar de mi holocausto. Nadie puede imponeros la voluntad de preparar este sacrificio ; nadie puede imponerme á mi que lo lleve á cabo. Pero no tenemos más que una voluntad, y sabes, Padre, que *yo hago siempre lo que es de tu agrado* ³. He aquí cumplida tu voluntad : recibe mi alma Tú, de quien yo la recibí. Á nadie más le corresponde tomarla : á Ti sólo te la entrego tan libremente como la acepté.»

Su voz era vibrante ⁴ y dominaba á las trompetas sagradas que anunciaban el sacrificio de la hora nona : el cordero pascual se iba á inmolar en el Templo, y el pueblo se aprestaba á celebrar la fiesta de su libertad. Callaron las trompetas de los levitas : el sacerdote hirió á la víctima, y el pueblo se prosternó para adorar á su libertador.

En aquel mismo instante, Jesús inclinó la cabeza, y dió el último aliento ⁵. No fué la muerte, observa San Juan Crisóstomo, la que le inclinó la cabeza, sino la propia voluntad del moribundo, para poner de manifiesto que él era el Señor de todas las cosas ⁶. Entró en su sueño, no rendido por el camino, sino poniendo á su trabajo

¹ JOANN., X, 20 : «Dæmonium habet et insanit : quid eum auditis ?»

² PSALM., XXXIX, 7 : «Holocaustum et pro peccato non postulasti : tunc dixi : Ecce venio !»—HEBR., X, 5 : «Hostiam et oblationem noluisti, corpus autem aptasti mihi... Tunc dixi : Ecce venio.»

³ JOANN., VIII, 29 : «Ego que placita sunt ei facio semper.»

⁴ MARC., XV, 37 : «Jesus autem emissis voce magna, etc.»

⁵ JOANN., XIX, 30 : «Et inclinato capite, tradidit spiritum.»

⁶ *Homil.*, 84, in cap. XIX Joannis.

el término conveniente, sin ningún apresuramiento, como Señor que tiene á bien no mandar más.

Apenas había cerrado los ojos, cuando tembló la tierra ¹ sacudida hasta sus cimientos. Entre la cruz de Jesús y la del mal ladrón se abrió una ancha hendidura, que corta transversalmente las venas que surcan la piedra, y puede contemplarse aun hoy día «ese monumento que tan de manifiesto pone la divinidad de Jesucristo» ². En los valles, y sobre las colinas vecinas se vió á los muertos salir de las cavernas en que habían sido enterrados los santos ³.

Aterrorizados los Judíos que habían quedado en el Calvario, emprendieron la fuga dándose golpes de pecho ⁴. No les había espantado el crimen; pero el espectáculo de la naturaleza *asombrada de la maldad de los hombres* ⁵ les llenó de un pesar que ojalá les mereciera el perdón. Por lo demás, mal hacían en huir hacia la ciudad, donde la cólera del cielo se manifestaba aún más terriblemente. Las bases del Moriah estaban quebrantadas: la puerta de Nicanor, cuyas hojas de bronce apenas podían moverlas veinte hombres, se había abierto sola ⁶. La entrada del Santuario había visto hundirse el inmenso dintel de mármol que tenía encima ⁷, y el velo de jacinto, púrpura y escarlata que ocultaba el *Sancta Sanctorum* se había roto

¹ MATTH., XXVII, 51 : «Terra mota est et petre scisse sunt.»

² ADDISSON : *De la Religion chrétienne*, t. II, p. 120.—Cf. S. CYRILL. : *Cateches*, XIII, 4.—Esta hendidura tiene un metro 70 centímetros de larga, por 23 centímetros de ancha, y se prolonga mucho en la profundidad de la roca. (SAULCY : *Dict. des Antiq. bibl.* col. 772.)

³ MATTH., XXVII, 52 : «Monumenta aperta sunt et multa corpora sanctorum qui dormierant surrexerunt.»

⁴ LUC., XXIII, 48 : «Percutientes pectora sua revertentur.»

⁵ S. AGUSTIN : *Serm.* 54, *de Passione Domini* : «Expavit scelus hominum natura rerum.»

⁶ *Talmud* : *Gemara*, 3p. SEPP, III, 51.

Evangelio de los Hebreos, citado por S. Jerónimo (*in Matth.*, XXVII, 51).

de alto abajo ¹. Al mismo tiempo se hacían oír voces misteriosas : «¡Salgamos de aquí!», con ruido de pasos apresurados que se alejaban de los atrios, ya desde entonces sin misterio ².

Si creemos al Talmud, los sabios comprendieron entonces que la ruina del Templo estaba próxima : «¡Oh Templo! ¡oh Templo!, exclamaba Johanan-ben-Zachai, ¿por qué te quebrantas así? ¡Ay! Demasiado bien conocemos la suerte que te está reservada. Zacarías, hijo de Joyada, la predijo en estos términos : «¡Libano, abre las puertas y que el fuego consuma tus cedros!» Y el pueblo conmovido con estas lamentaciones se cubría la cabeza con ceniza y se mesaba los cabellos gritando : «¡Ay de nosotros!»

Catalina Enmerich nos ha dejado un cuadro de Jerusalén, que merece colocarse aquí porque acredita claro conocimiento de la situación. «Toda la ciudad, dice, estaba cobrecogida de espanto y todo el mundo se escondía en la parte más retirada de sus casas... El sacrificio se había interrumpido, la confusión era general... y el silencio reinaba en todas partes. El mayor número eran presa de los remordimientos, y pocas personas se ocupaban en cosa de la Pascua... En el punto donde se reunían el atrio y el santuario los muros se habían separado á uno y otro lado de tal modo, que se podía pasar de una parte á otra por la abertura : la cortina que cubría el Santuario se había caído. Por todas partes se veían paredes agrietadas, columnas por tierra y suelo entreabierto ³.»

Buena diferencia había entre la exaltación de esta mañana y el asombro de ahora : nadie pensaba ya en

¹ MARC., XV, 38 : «Et velum templi scissum est in duo a summo usque deorsum.»

² SEPP., III, 53, cit. el *Talmud*, tratado *Taanith*.

³ *Doulour. Passion*, IV parte.

gritar: «¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» De ser posible, ¡cómo se habrían retractado de corazón de aquellas palabras, cuyos efectos comenzaban á experimentar! Pero era ya demasiado tarde, si no para algunos cuya penitencia borraría sus pecados, á lo menos para Jerusalén y para el pueblo de Israel, condenados á la ruina y á la dispersión. No quisieron la salud: la muerte comienza á hacer presa de ellas, y no estaba lejano el momento en que de ellos no quedaria sino un recuerdo mezclado de tristeza y de horror.

Mientras la ciudad se llenaba de confusión, un espíritu del todo nuevo penetraba á los soldados romanos que quedaban en el Calvario. Los prodigios que acompañaron á la muerte del Nazareno les causaban espanto ¹ y los disponían á reconocer la intervención de un poder superior. La paciencia y la mansedumbre del moribundo, la majestad que mostró en sus postreros momentos, les hablaban al corazón. Más atento y mejor dispuesto, el centurión iba delante de ellos en este feliz cambio. Cuando vió á Jesús inclinar la cabeza, *glorificó á Dios*, según la frase de San Lucas:

—«Verdaderamente, dijo, este hombre era un justo ²».

El temblor de tierra rompió el último velo: con una fe, digna del Príncipe de los Apóstoles, exclamó:

—«¡Este hombre era de verdad el Hijo de Dios ³!»

Á lo cual respondieron todos: «¡Sí, era el Hijo de Dios ⁴!»

¹ MATTH., XXVII, 54: «Viso terræ motu et his quæ fiebant timuerunt valde.»

² LUC., XXIII, 47: «Videns autem centurio quod factum fuerat, gloriificavit Deum, dicens: Vere hic homo justus erat.»

³ MARC., XV, 39: «Videns autem centurio qui ex adverso stabat, quia sic clamans expirasset, ait: Vere hic homo Filius Dei erat.»

⁴ MATTH., XXVII, 54: «Centurio autem et qui cum eo erant custodientes Jesum, viso terræ motu et his quæ fiebant, timuerunt valde dicentes: Vere Filius Dei erat iste.»

De este modo la primera reparación del decidido se verificaba en el lugar mismo del crimen: y la daban los mismos que habían levantado la cruz, y del jefe que los mandaba recibió la víctima el primer homenaje que los hombres rindieron al vencedor del infierno. ¿No era un género de venganza digna de un Dios dar primero la vida á los que acababan de darle muerte?

El alma de María debió de conmoverse al oír esta profesión de fe en la divinidad de su Hijo; estaba viendo ya los frutos de la Redención; tenía sus primicias á la vista, cual prenda que se le daba de su maternidad sobrenatural. ¡Qué mejor consuelo pudiera ella recibir! Su corazón estaba cruelmente despedazado, es verdad, pero ¡con cuánto reconocimiento no se elevó hacia el Padre celestial para darle gracias por la nueva fecundidad con que pagaba el sacrificio de su amadísimo Hijo!

En torno de ella se apifaban las santas mujeres ahogando sus sollozos: la Magdalena tenía abrazados los pies del Maestro, que no cesaba de besar, regándolos con sus lágrimas. Juan, partido de dolor, no podía retirar los ojos de la augusta faz en que se iba graduando la palidez de la muerte. Algunos pasos más allá, los otros amigos que habían acudido al Calvario ¹, se abismaban en muda contemplación ó repasaban ante sus ojos las esperanzas, ya para siempre desvanecidas, del reino de Dios y de la salud de Israel.

Mientras tanto, el centurión regresó á la Antonia: su deber le hacia presentarse á Pilatos para darle cuenta de lo que había acontecido extramuros de la ciudad. El Procurador habria prohibido que nadie se le acercara, ó el tribuno que oyó el relato del centurión tardó en comunicárselo á su jefe; ello es que pronto vemos á éste comen-

¹ LUC., XXIII, 49: «Stabant autem omnes noti ejus á longe, etc.»

dido por la noticia de que Jesús había ya muerto. La conmoción ruinoso del Templo debió de comunicarse á la fortaleza, demasiado vecina, para que no sintiera la sacudida; el azoramiento pavoroso de los sacerdotes se comunicó sin duda á los soldados, y el mismo Gobernador no pudo abstraerse al pensamiento de que Dios vengaba ya el crimen cometido con el Galileo.

¿Qué pasaba en el alma de Pilatos, cargada con tan grave responsabilidad? Probablemente tenía más cólera contra los Judíos y contra Herodes que verdadero pesar del crimen autorizado. Preocupado con la relación que debía enviar á Tiberio¹, no podía oír la voz de su conciencia, dado que estuviera dispuesto á escucharla. Para él el incidente estaba terminado, más mal que bien; ya no tenía que pensar en eso, y el sabio debe olvidar las faltas cometidas cuando sabe que no tienen remedio. Tal era este caso: lo que faltaba era presentárselo como excusable á César, á quien no le disgustarían los cuidados de su Delegado por conservar la tranquilidad pública. Al cabo no había habido trastornos; la autoridad de Roma no había sido disputada, sino al contrario, pues había sido invocada, y, por decirlo así, consagrada solemnemente. A su vez, había dado gran prueba de moderación y longanimidad, que le agradecerían los Judíos, no acostumbrados á encontrarle tan complaciente y comedido; como que había tenido mucho cuidado de respetarles sus derechos, leyes y costumbres, aceptando su demanda, remitiendo la causa á Herodes, proponiéndoles que la juzgaran ellos mismos y ensayando toda clase de temperamentos antes de concederles la crucifixión del acusado: sí, en

¹ G. BOISSIER: *l'Opposition sous les Césars*, p. 22.—Cf. TERTULL., *Apologet.*, 21.—Los Hechos Apostólicos aluden á esta costumbre á propósito de haber sido San Pablo enviado al César.

resumidas cuentas, les había dejado la responsabilidad de la sentencia, fué una prueba más de que deseaba colocar los sentimientos de humanidad por encima de la legalidad. ¿Podrían ellos quejarse de que hubiera suavizado la rigidez romana? ¿Y Tiberio no aplaudiría esta prudente moderación?

De este modo se esforzaba por cerrar las puertas á los remordimientos. Pero, ¡trabajo inútil! Los remordimientos le esperaban á dos pasos de allí, bajo la forma que había tenido la advertencia á que no atendió pocas horas antes: Claudia no tardaría en presentársele, y el altivo representante del Imperio se confundía con sólo pensar en la mirada, en que ya leía esta pregunta: «¿Qué has hecho de ese justo?»

Pero la muerte parece que no habría ejercitado todo el derecho que el pecado le había dado, si el Hijo de Dios no hubiese sufrido todas las consecuencias. Separada del cuerpo el alma, entra en un estado de purificación y espera, donde viene la misericordia de Dios á recogerla á la hora conveniente, para introducirla en la mansión de la felicidad eterna. Aparte de algunas excepciones, de que podemos prescindir, tal es la suerte de los que *mueren en la paz del Señor*¹, desde que se verificó la redención del mundo; pero antes de esta redención, era muy diferente. Las almas justificadas por la esperanza del Mesías, estaban esperando su venida en esa región intermedia, de la cual viene á decir Santo Tomás de Aquino: «El nombre de *limbos* conviene al lugar y estado de los Santos antes de la venida de Jesucristo. A veces este lugar y estado se llaman el *seno de Abraham*, en razón del reposo que indican; también el *seno del infierno*, porque suponen la ausencia de la gloria; pero bajo estos dos nombres, son una

¹ Apoc., XIV, 13: «Besti mortui qui in Domino moriuntur.»

sola cosa.... Los que estaban en los limbos se sentían penetrados de grande alegría por la esperanza de la gloria, con mezcla de cierta tristeza por el retraso que de ella les separaba. Sin embargo, no sufrían pena alguna sensible por los pecados que habían expiado, ora en el tiempo, ora en la eternidad, pues este lugar y este estado eran absolutamente distintos del purgatorio ¹.

Por consiguiente, en los limbos los santos del Antiguo Testamento, desde Adán hasta el Bautista, toda la serie de patriarcas y profetas, Abraham, Isaac y Jacob, Moisés, Josué y David, Isaias, Jeremías y Daniel; toda la serie de las mujeres ilustres, Sara, Lia y Raquel, Débora, Judith y Esther; los últimos ascendientes de Cristo, Ana, Joaquín y José, estaban esperando el cumplimiento de la promesa hecha al hombre cuando su caída en el paraíso terrenal. Correspondía, efectivamente, al primogénito de la nueva generación abrir y dejar francas las puertas del cielo al frente de la humanidad perdida por el primer hombre de la antigua generación.

Pero á ese mismo, como fiador de esta humanidad caída, le tocaba sufrir la espera, y descender á los limbos, para así consumir su semejanza con los demás hombres. Entonces podría resucitar y dar así á sus hermanos la seguridad y la prenda de que también ellos resucitarían, y entrarían en la bienaventuranza eterna, de que él iba á tomar posesión. Por muy rápido que fuera su paso por lo que la Escritura llama *las sombras de la muerte*, era me-

¹ *Summ. Theol.*, III, q. LII, 2 y 5.—Los Judíos creían, como nosotros, en la existencia de los limbos. El libro *Calbo*, fol. 436, nos representa á los patriarcas y los profetas Moisés, Aaron, David, Salomón, con todos los reyes de Judá, orando y gimiendo en la esperanza del Mesías. Pero el fanatismo judío no admitía en los limbos á las diez tribus de Israel separadas por Jeroboán, ni á los que habían muerto en el Diluvio. San Pedro alude á esto en su primera carta, cap. III, 18.

nester que pasara, y es un artículo de nuestra fe consignado en el Símbolo de los Apóstoles que el Salvador *descendió á los infernos, descendit ad inferos*.

San Pedro en su primera carta ¹ y San Pablo en la que escribió á los Efesios ², nos han conservado la memoria de este descendimiento de Cristo á los limbos. El *Evangelio de los Nazarenos* ³ cuenta que dos siervos de Dios muertos como cuarenta años antes, se aparecieron en el Templo el día de la resurrección, y refirieron el gozo que los elegidos habían experimentado á la vista del Redentor, mientras los demonios se abismaron en la tristeza. Lo mismo dirían sin duda esos otros elegidos que San Mateo nos presenta salidos de sus sepulcros, entrando en la Ciudad Santa, y manifestándose á la vista de muchos ⁴.

Así, aun en estas horas fúnebres, no estaba inactivo el Verbo de Dios; después de haber evangelizado á los vivos, *evangeliza á los muertos* ⁵, como dice San Pedro, y llevó á aquellas profundidades la buena nueva del reino de Dios restaurado entre los hombres. Su sábado no es para él la inercia de una fuerza agotada, es otra actividad dulce, gozosa, reparadora, llena de promesas para mañana, como lo está de obras realizadas. Si *él duerme su corazón está en vela* ⁶, y continúa derramándose en todos aquellos que se dejan llenar de consuelo, de esperanza y de paz.

¹ I PETR., III, 18-19.—IV, 6.

² EPHES., IV, 8-10.

³ Cf. LANDOLFO: *Vita Christi*, II part., c. LXXIV, 5.

⁴ MATTH., XXVII, 52-53: «Et monumenta aperta sunt et multa corpora sanctorum qui dormierant, surrexerunt. Et exeuntes de monumentis post resurrectionem ejus, venerunt in sanctam civitatem et apparuerunt multis.»

⁵ I PETR., IV, 6: «Et mortuis evangelizatum est.»

⁶ CANTIC., V, 2: «Ego dormio et vigilat cor meum.»